

Mi nombre es Carmen Suárez, tengo 55 años, vivo en Madrid, mi apartamento está en Paseo de Oteros nº13 2º B, tengo dos hijos y tres nietos y, a pesar de mi corta edad, sufrí Alzheimer.

Este ejercicio debo repetirlo tres veces al día, mi médico Luis Ubiña me insiste en que si realizo todos esos ejercicios que me aconseja la enfermedad no avanzará.

Todo empezó un día cualquiera en el que salí a dar un paseo por el centro de Madrid, estaba llegando a la Puerta del Sol cuando, de repente, perdí toda conciencia de dónde me encontraba, aún hoy me pregunto cómo llegué ahí, el médico me dijo que había sufrido una insolación y había tenido una leve pérdida de memoria, me recetó reposo durante unos días y después de eso ya podría hacer vida normal. Se equivocaba.

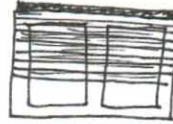


Hace unos meses llegué a odiarte, lo odiaba por no haber sabido desde el principio lo que me pasaba. Si lo hubiera sabido desde ese día, nada de lo que pasó días más tarde hubiera sucedido.

Unas semanas después de mi "leve pérdida de memoria" mi hija Julia Dean vino a verme a mi casa, yo misma la había invitado a comer pero cuando llegó... Yo no sabía quién era ni por qué tenía llaves de mi casa, así que empecé a gritarte que te fuera de mi casa o si no llamaría a la policía. Recuerdo perfectamente su mirada, es una de las pocas cosas que sé que nunca olvidaré, aún cuando olvido a Julia su mirada me perseguirá. Una mirada confusa empapada de lágrimas.



Ese mismo día vino mi hijo Edgar Dean, no me preguntó por qué pero a él sí lo recordaba, sabía que era mi hijo pero no recordaba tener una hija. Edgar me dijo que me tranquilizara, e insistió en que fuéramos a ver a Luis Ubina. No entendía por qué debía ir al médico y no a la comuaria, pero le hice caso.



Ese cuatro de julio me diagnosticaron Alzheimer de inicio precoz o Alzheimer hereditario. Luis me explicó que era muy joven para tener Alzheimer y las consecuencias de ello. Me explicó varios ejercicios para disminuir los efectos de la enfermedad.



Mi hija Julia no me habló en dos largas semanas, no me contestaba a los mensajes ni me cogía el teléfono.

Tuve un mes de lucidez, en todo ese mes viví las últimas cuatro semanas de mi antigua vida. En agosto empecé a empeorar, los recuerdos se me mezclaban, colocaba objetos en sitios donde no correspondían. Un día me pasó toda la tarde buscando el mando de la televisión cuando me cansé de buscarlo y me fui a servir un vaso de agua fría de la nevera ahí estaba el mando, entre la fruta.



Yo creía que los ejercicios que me aconsejaba mi médico no me servían de nada, estaba enfadada con todo el mundo ya que tanto mi familia como mis amigos estaban de acuerdo con Luis Ubina, no veían que se equivocaba, yo pensaba que estaba bien, que no necesitaba la ayuda de nadie, claramente la equivocada era yo.

Con el tiempo he aprendido a calmarme y organizarme, todas las medidas necesarias para combatir la enfermedad, a veces pueden no ser todas las que me gustaría pero quiero ganar esta

guerra, la guerra en la que estoy luchando desde ese día de julio en el que grité a mi hija. No soy consciente de todo lo que mi familia está haciendo por mí, no puedo agradecerles todo lo que debería en esta batalla sin fin. Nadie sabe a ciencia cierta hasta dónde puede llegar la enfermedad.

Sé que para la mayoría del mundo solo me estoy haciendo mayor, ellos no saben que el Alzheimer no es hacerse mayor, es mucho más que eso, es una enfermedad degenerativa que puede hacer que no reconozcas tu propio rostro en el espejo.

Yo todavía estoy en la primera fase de la enfermedad, tengo pocos síntomas en comparación con otras personas que sufren la misma enfermedad que yo, pero en el fondo de mi corazón es envidia, por que ellos han tenido más tiempo, y es que es el tiempo el que me falta.

Ellos han tenido muchos años para estar con sus nietos, los han visto crecer, yo no podré disponer de ese tiempo, no veré ni a Sara, ni a Sergio, ni a el pequeño David, sí los veré crecer, pero no los recordaré.

Lo peor de mi enfermedad es esos momentos de luz, esos momentos en los que te acuerdas de todo, en los que tienes plena consciencia de todo lo que pasa a tu alrededor. Para otras personas con el mismo problema que yo esos momentos serían como regalos para ellos, pero para mí no. En los momentos de luz me doy cuenta de que todo lo que me está pasando, de los problemas que tengo y de cómo me está afectando el Alzheimer.

Es verdad que gracias esos momentos he aprendido a no odiar a mi médico, a aprovecharlos para visitar a mis nietos y a mis hijos... pero aún en esos momentos sigo sin ser la misma que era, sé que nunca volveré a ser la Carmen que solía ser, esa Carmen risueña y

alegre que saludaba a todo el mundo con el que se encontraba. Echo de menos mi vida, y sé que nunca la recuperaré. Lo peor es que no me despedí de mi antigua vida. No me dio tiempo a asimilarlo por lo que no dije adiós a esa Carmen a la que echo tanto de menos, como a mi vida.



Os preguntaréis qué hago aquí, contándoos la historia que me llevó a cambiar de vida.

Y sí, parece que tengo las ideas muy claras, que sé perfectamente lo que me pasa, que soy consciente de mi situación y que no necesito ayuda. No es así. Necesito toda la ayuda del mundo y más, porque aún que dé la impresión de ser una persona segura, por dentro me estoy derrumbando, aún que parezca que tengo todo claro, en realidad, no sé nada, y si creéis que con esta historia quiero dar pena estáis totalmente equivocados ya que lo único que pido es un poco de comprensión.

Creo que al contáros mi historia me he librado de un enorme peso que llevaba cargando conmigo desde el cuatro de julio.

Levanto la vista para mirar a esas personas que me han estado escuchando y veo lágrimas en sus ojos, y no es hasta ese momento en el que me doy cuenta que yo también estoy llorando. No sabría decir por qué, pero me río, una risa amarga sale de mi boca y es en ese momento en el que todo el mundo se da cuenta de que el relato de mi vida se ha acabado. Se ponen en pie y me aplauden, algunas personas se acercan a mí y me abrazan. Ya no sé si mis lágrimas son de felicidad, de tristeza o de frustración. Pero supongo que serán una mezcla agriñolosa de ambas cosas.



---

Este ha sido mi primer día en este grupo de apoyo, pero tengo claro que no será el último, sé que estas personas serán parte de mi familia aunque no consiga acordarme nunca de sus nombres u olvide sus rostros.